

esta historia, querida y dignísima señora? El codicilo se hallaba en esta casa la noche en que nuestro amigo, el preso, volvió del extranjero; y también quiero recordarle que la avecilla cantora, cuyas alas cortó usted, ha estado mucho tiempo enjaulada, al cuidado de un guardián que usted eligió y que ese viejo intrigante conoce bien. ¿Podremos saber cuándo vió el señor Jeremías por última vez á ese guardián?

—¡Yo lo diré!—exclamó Afiery retirando otra vez el delantal de su boca...—¡Jeremías, si adelantas un paso voy á gritar de modo que me oigan al otro lado del Támesis! El individuo que ese hombre ha visto es el hermano gemelo de Jeremías; vino á esta casa la misma noche en que Arturo durmió aquí, y mi marido en persona le entregó ese papel, con yo no sé qué otras cosas, que el otro se llevó en un cofrecillo de hierro... ¡Socorro, socorro! ¡Al asesino! ¡Libradme de Jere.... mí.....as!

El viejecillo se había precipitado para administrar á toda costa una buena dosis á su cara mitad; pero Blandois le salió al encuentro, y después de forcejear un instante, Jeremías hubo de volver á su puesto, con las manos en los bolsillos.

—¡Cómo!—exclamó Rigaud con tono irónico, haciéndole retroceder á codazos.—¡Cómo osa usted acometer así á una dama que tiene tales aptitudes de sonámbula! ¡Pero, hombre, sin duda no piensa que podría hacerse rico enseñándola por dinero! ¡Ja, ja, ja!... ¡y cómo se parece usted á su gracioso hermano, mi pequeño Jeremías! Aun me parece verle tal como le conocí la primera vez que hube de servirle de intérprete con el patrón en la posada de los Tres Bñlares, en Amberes. ¡Aquél sí que bebía y fumaba como un hombre! Había alquilado un quinto piso, y no hacía más que dormir, comer y beber, tanto que todas las noches se embriagaba, hasta el día en que subió al cielo. ¡Ja, ja, ja! ¿qué importa ahora saber cómo adquirir los papeles contenidos en el cofrecillo de hierro? Tal vez me los confió para devolvérselos á usted, ó quizás mi curiosidad me indujo á forzar la cerradura, para examinar lo que guardaba. Todo esto importa poco, con tal que yo tenga los papeles en sitio seguro.

Al oír estas palabras, la señora Clennam fijó una mirada de asombro en Flintwinch, á la cual contestó éste con otra que parecía de reto, á juzgar por su expresión de cólera.

—¡Ah, ah!—exclamó Rigaud, que observaba á la viuda y á su socio,—cualquiera diría que aun no se conocen ustedes, amigos míos. Pues si es así, permítame, apreciable señora

Clennam, presentarla, á usted que suprime los testamentos, al señor Jeremías Flintwinch, que los rehabilita en su provecho.

Jeremías, sacando las manos de sus bolsillos para acariciarse la barba, adelantóse dos pasos, y con la vista fija en la viuda, dijo con cierta gravedad mezclada de ironía:

—¡Oh! ya sé lo que quiere decir con esa mirada interrogadora, pero es inútil que abra tanto los ojos, porque no me infundirá con eso ningún temor. No sé cuántos años hace que le repito continuamente que es la mujer más testaruda del mundo; usted quiere aparentar que es la más humilde pecadora, pero lejos de esto, tiene usted un orgullo endiablado, cualidad distintiva de su carácter. Le he dicho á usted mil y mil veces, cuando hemos hablado seriamente, que aunque usted humillara á todo el mundo, á mí no me doblegaría nunca; diríase que quiere comerse á las personas crudas, pero yo soy demasiado duro para que me hinque el diente. ¿Por qué no destruyó el documento cuando le tuvo en la mano? Yo le aconsejé que lo hiciera, pero como usted se burla de cuantos consejos le dan, se empeñó en guardarlo. Ahora dice que era para pedir la ejecución más tarde, en caso de convenirle. ¡Ya, ya! ¡vea usted si lo creeré, conociéndola como la conozco! He aquí cómo trata de engañarse á sí misma y de hacernos creer que si se ha vengado como lo ha hecho, no es porque usted sea una mujer mala, irritable, colérica y rencorosa, sino porque el Señor la eligió por instrumento para castigar una falta, confiándole tan santa misión. ¿Quién diablos es usted para desempeñarla? Todo esto podrá ser religión para la señora Clennam; mas para mí es una farsa, y ya que he comenzado, ¡vive Dios que voy á decir cuanto guardo en el corazón! Hace ya mucho tiempo... lo menos cuarenta años... que me crucifica usted con sus aires de gran señora, á mí (que la conozco á usted mejor que la camisa que lleva puesta,) cual si yo fuese sólo á su lado un cero á la izquierda. Ciertamente que la admiro, como mujer sesuda y de talento; pero por mucho que tenga, esto no la autoriza para crucificar á un hombre todo el día durante cuarenta años sin que su piel se resienta. Y no abra tanto los ojos, porque le repetiré que no me importa un pito. Y ahora, vamos á lo del testamento, y escúcheme bien: usted le escondió en alguna parte sólo de usted conocida; en aquella época, como mujer dotada de mucha actividad, si hubiera querido recobrar el documento, habría bastado ir á cogerlo; pero hete aquí que un día la

sobrecoge una parálisis, y ya no le es posible dar un paso, quedando de consiguiente el papel oculto largos años. Al fin, cuando esperábamos á cada momento la vuelta de Arturo, siendo de temer que se entretuviera en registrar todos los rincones de la casa, le recomiendo á usted mil y mil veces que me diga dónde está el documento, ya que no puedo ir á buscarle, á fin de destruirlo; pero no... usted se empeña en que ni yo ni nadie podrá encontrarlo, y seguimos así, hasta que un domingo por la noche llega Arturo. No hacía diez minutos que se hallaba en esta habitación cuando comenzó á hablar del reloj de su padre; y usted sabía muy bien que el «no olvides,» pronunciado en la hora de la muerte quería decir: «no olvides la supresión del codicilo...» La conducta de Arturo la intimidó á usted, y muy pronto pensó que convendría quemar el documento; de suerte que antes que esa Jezabel (Flintwinch señaló á su esposa,) la acostara, me dijo usted al fin que el papel estaba oculto entre los registros viejos amontonados en el sótano, visitado á la mañana siguiente por el mismo Arturo. Sin embargo, como era domingo, usted tuvo escrúpulo de quemarlo en seguida, y quiso esperar hasta el lunes. ¡Pardiez! mi curiosidad no podía resistir ya más tiempo, y en mi mal humor, no siendo tan escrupuloso como usted, comencé á examinar el documento para refrescarme un poco la memoria. Una vez enterado de lo que decía, busqué otro papel amarillento, dobléle como un codicilo... y el lunes por la mañana, cuando me obligó á quemarlo á su vista, para estar más segura, hice un juego de manos y quemé el facsímil... con gran satisfacción de usted. Mi hermano Efraím, el guardián de los locos, había tenido mucho qué hacer desde que usted le confió la demente que le ocupó tan largo tiempo; pero sus negocios no habían prosperado, á causa de varias especulaciones aventuradas; y como le acosaban los acreedores, había resuelto abandonar el país con cuanto le fuera posible recoger y una pequeña cantidad que yo le presté. Efraím se hallaba precisamente aquí el lunes de que hablamos, esperando la marea á fin de embarcarse para Amberes, donde conoció á ese caballero. Cuando mi hermano y su mujer tuvieron que guardar á la madre de Arturo, la loca se ocupaba en escribir casi á todas horas... principalmente cartas de confesión y oraciones, las cuales dirigía á usted pidiéndole gracia. Efraím me entregaba á veces estas cartas; pero yo creí que no estaría de más guardármelas, para evitar que se las comiese usted crudas, como quisiera hacer con todo lo demás,

y las guardé en un cofrecillo, á fin de verlas cuando quisiera entretenerme. Al llegar Arturo, comprendiendo yo que no sería prudente tener el codicilo en la casa, guardéle con las cartas, y confié el cofrecillo á mi hermano, que debía llevárselo para devolvérmelo cuando se lo pidiera. Varias veces le he escrito reclamándole el objeto, mas nunca recibí contestación; y ya no sabía qué pensar, cuando este caballero nos honró con su primera visita. Entonces comencé á sospechar el caso, y no necesito que ese hombre me diga nada para saber cómo ha obtenido los datos en mis papeles y en el de usted. Y ahora, mujer testaruda, réstame sólo añadir dos palabras: aun no estaba resuelto á utilizarme del codicilo para atormentarla; pero creo que me habría contentado con saber que era más hábil que usted, y que podía humillarla cuando me acomodase. En el estado actual de nuestros negocios no puedo darle más explicación por el momento; de aquí á veinticuatro horas sabrá lo demás. Vamos; ya está usted al corriente de la cosa, y por lo tanto, déjese de abrir tanto los ojos, que á mí no me hacen efecto.

La señora Clennam dejó de mirar á Flintwinch, y oprimióse la frente con la mano izquierda; la otra se apoyaba en la mesa; y entonces se pudo observar en la viuda ese movimiento extraño que había hecho ya una vez como para levantarse.

—Nadie le dará á usted por esa caja—dijo á Blandois,—una cantidad tan crecida como la que yo le ofrezca, ni encontrará quien le pague tanto por el secreto; pero en este instante no puedo disponer de la suma que me ha pedido, porque los negocios de esta casa no han prosperado. ¿Cuánto quiere usted ahora, cuánto más tarde, y qué garantía me dará de su discreción?

—Angel mío—contestó Blandois,—ya le he dicho cuanto quería, y el tiempo urge. Antes de venir aquí he sacado copia de los papeles más importantes para depositarla en manos de tercero. Aguarde usted hasta el momento de cerrarse la verja de la prisión de la Mariscalía, y ya será demasiado tarde para tratar, pues el preso lo habrá leído todo.

La viuda se llevó de nuevo las manos á la cabeza, profirió un grito y púsose en pie; vaciló un instante como si fuera á caer, mas al fin permaneció firme delante de Blandois.

—¡Miserable—exclamó,—miserable, explíquese usted!

Ante aquel fantasma rígido que hacía tantos años no podía moverse, Blandois retrocedió y bajó la voz: hubiérase dicho

que los tres testigos de aquella escena presenciaban la resurrección de una difunta.

—La niña Dórrit—repuso Blandois,—¿a quien conocí en Suiza y en Italia, profesa mucho cariño al preso, y ahora le cuida con la mayor solicitud. Al venir aquí, he dejado en poder del carcelero un paquete con una carta en la cual indico lo que esa joven debe hacer «en interés de su amigo Arturo Clennam...» Debe devolver el paquete, sin abrirlo, en el caso de que lo pidan esta noche antes de cerrar la prisión; y si nadie lo reclama, entregarlo al preso. ¿Le parece á usted que yo me hubiera aventurado á entrar en esta casa sin estar seguro de que mi secreto me sobreviviría? ¿Y cree usted aun que este secreto no me producirá en otra parte lo que me dén aquí? ¡Vamos, señora! no quiera usted regatear, sabiendo que la joven dará cuanto pida... en interés de Arturo Clennam... para enterrar esta historia. Repito que el tiempo urge; cuando la campana haya tocado, ya no estará de venta el paquete, pues pertenecerá á la señorita Dórrit.

La viuda pareció luchar un momento consigo misma; poco después, avanzando presurosa hacia un armario, abrió violentamente la puerta y tomó una especie de capuchón para cubrirse la cabeza.

La anciana Affery, que la había seguido con una mirada de terror, precipitóse hacia ella, y cogiéndola por la falda del vestido, arrodillóse exclamando:

—¡No se mueva usted, por Dios, no se mueva usted! ¿A dónde quiere ir? Es usted una mujer terrible, pero no le guardo rencor; bien veo ahora que nada puedo hacer por ese pobre Arturo, y por lo tanto no debe desconfiar de mí: yo guardaré el secreto. No salga usted de aquí, porque caerá muerta en la calle. Si la persona que se oculta aquí es esa pobre loca, permítame usted sólo cuidar de ella; no pido más que esto, asegurándola en cambio que puede contar conmigo.

La señora Clennam permaneció un momento inmóvil á pesar de su precipitación y contestó con tono de sorpresa:

—¿Dices que si es ella la que se oculta aquí? ¡Si hace ya más de veinte años que ha muerto! Pregúntaselo á Flintwinch... pregúntaselo á ese hombre. Ambos te dirán que dejó de existir el día que Arturo marchó á la China.

—¡Entonces, tanto peor!—exclamó Affery temblando de pies á cabeza,—porque su espíritu será el que recorre la casa. ¿Quién sino ella andaría por todas partes, haciendo señales misteriosas y arrojando puñados de tierra? ¿Quién va y viene

de continuo, rayando las paredes de las habitaciones cuando estamos acostados? ¿Quién está detrás de las puertas para impedirnos abrirlas? ¡Oh! ama mía, no salga usted, porque es seguro que caerá muerta en medio de la calle.

La señora Clennam desprendió su vestido de la mano que la sujetaba, y diciendo á Blandois que la esperase, salió presurosa.

Desde la ventana viéronla cruzar el patio con aire de aturdimiento y salir después á la calle.

Durante algunos minutos, Afiery y los dos hombres permanecieron inmóviles en su sitio; pero muy pronto la anciana se precipitó fuera de la habitación, reforciéndose las manos para ir en seguimiento de su señora. Jeremías Flintwinch se dirigió luego hacia la puerta, siempre de espaldas, para no perder de vista á Blandois, con una mano en la barba y la otra en su bolsillo, y desapareció á su vez sin despegar los labios.

Por lo que hace á Rigaud, sentóse en el reborde de la ventana abierta, en la misma postura que solía tomar en la cárcel de Marsella, y sacando un cigarrillo comenzó á fumar.

—¡Bah!—murmuró,—esta antigua casa es tan triste como la condenada prisión de allá, y no menos lúgubre. ¡Que la espere aquí! ¡Ya lo creo que la esperaré! Pero, ¿á dónde diablos habrá ido, y cuánto tiempo tardará? no importa. ¡Ah! ¡Rigaud Lagnier Blandois, amigo mío, ya tendrás tu dinero y serás rico; has vivido como caballero y como tal morirás; siempre triunfando, porque esto es propio de tu carácter!

Y exhalando una bocanada de humo, el caballero pareció contemplar con satisfacción una de las gruesas vigas del techo.

